

Aprovecho la ocasión de esta reapertura del curso escolar, el primero desde que he sido elegido Presidente de la República, para escribiros.

Deseo hablaros del porvenir de nuestros niños. Este porvenir, está entre las manos de cada uno de vosotros, los que tenéis el trabajo de instruir, de guiar, de proteger estos espíritus y estas sensibilidades que no están completamente formadas, que no han alcanzado su plena madurez, que se están buscando, que son todavía frágiles, vulnerables.

Tenéis la responsabilidad de acompañarles hasta alcanzar la plenitud de sus aptitudes intelectuales, de su sentido moral, de sus capacidades físicas desde su más tierna edad y a lo largo de su adolescencia. Esta responsabilidad es una de las más duras, pero también de las más hermosas y más gratificantes.

¿Qué hay más grande y hermoso, en efecto, que ayudar a la inteligencia, la sensibilidad a abrirse, a encontrar su camino? Pero también qué difícil es. Pues junto a la satisfacción de ver al niño crecer, afirmarse su carácter y su juicio, junto a la felicidad de transmitir lo que cada uno cree que es lo más precioso que hay en él, existe siempre ese miedo a equivocarse, de no permitir desarrollarse un talento, de frenar un impulso legítimo, de ser demasiado indulgente o demasiado severo, de no comprender lo que el niño lleva en lo más profundo de sí mismo, lo que siente, lo que es capaz de alcanzar.

Educar es tratar de conciliar dos movimientos contrarios: El que nos lleva a ayudar cada niño a encontrar su propio camino y el que nos empuja a inculcarle lo que creemos justo, hermoso y auténtico.

Una exigencia se impone al adulto frente al niño que crece, la de no ahogar su personalidad sin renunciar a educarlo. Cada niño, cada adolescente tiene su manera de ser, de pensar, de sentir. Debe poder expresarla. Pero debe también aprender.

Durante mucho tiempo la educación ha descuidado la personalidad del niño. Lo más importante era que cada uno entrara en un molde único que todos aprendieran la misma cosa, al mismo tiempo, de la misma manera. El saber se situaba por encima de todo. Esta educación tenía sus elementos positivos. Era exigente y rigurosa, apuntaba hacia lo más alto, llevaba a superarse al alumno incluso a pesar suyo.

La exigencia y el rigor de esta educación hacían de ella un poderoso factor de promoción social.

Muchos niños, sin embargo, sufrían por este tipo de educación y se veían excluidos de sus beneficios. Esto no sucedía porque carecían de talento, ni porque fueran incapaces de aprender o de comprender, sino porque su sensibilidad, su inteligencia, su carácter se encontraba incómodo en el marco único que se pretendía imponer a todos.

Por una forma de reacción ante esto, desde algunos decenios se ha puesto la personalidad del niño en el centro de la educación en lugar del saber.

Otorgar más importancia a la individualidad del niño, a las formas en las que se manifiesta su individualidad, a su carácter, a su psicología, era necesario y saludable. Era importante que todos estuvieran en situación de sacar el mayor partido de ellos mismos, de desarrollar sus puntos fuertes, de corregir sus debilidades.

Pero valorar demasiado la espontaneidad, tener demasiado miedo a constreñir la personalidad, ver la educación sólo a través del prisma de la psicología, ha tenido por consecuencia caer en el exceso contrario. Se ha olvidado en gran parte la función de enseñar.

Antiguamente había sin duda en la educación demasiada cultura y no se prestaba suficiente atención a la naturaleza del alumno. Ahora quizás nos preocupamos demasiado por la naturaleza del alumno y muy poco por la cultura. Antiguamente se valoraba demasiado la transmisión del saber y de los valores.

Ahora, por contra, no se la valora bastante.

La autoridad de los maestros ha sido cuestionada.

La de los padres y de las instituciones también.

La cultura común que se transmitía de generación en generación, y que enriquecía a todas con la aportación de cada una se ha desmoronado hasta el punto en que hoy es más difícil hablarse y comprenderse.

El fracaso escolar ha alcanzado niveles que no son aceptables.

La desigualdad ante el saber y la cultura se ha acrecentado, incluso ahora que la sociedad del conocimiento impone por todas partes en el mundo su lógica, sus criterios, sus exigencias. Las posibilidades de promoción social de los niños a quienes las familias no pueden transmitir lo que la escuela ya no transmite se han reducido.

Sería sin embargo un esfuerzo vano tratar de resucitar una edad de oro de la educación, de la cultura, del saber que no ha existido nunca. Cada época suscita esperanzas y anhelos que le son propios.

No reconstruiremos la escuela de la Tercera República, ni la de nuestros padres, ni siquiera la nuestra. Lo que nos incumbe es afrontar el desafío de la economía del conocimiento y de la revolución de la información.

Lo que debemos hacer es poner de relieve los principios educativos del siglo XXI, que no son los principios de ayer y mucho menos aquéllos de anteayer.

¿En qué queremos que se conviertan nuestros niños? En mujeres y hombres libres, interesados por lo que es hermoso y es importante, con corazón y espíritu, capaces de querer, de pensar por ellos mismos, de ir también hacia los demás, de abrirse a ellos, capaces de conseguir un oficio y de vivir de su trabajo.

Nuestro papel no es ayudar a nuestros niños a mantenerse como niños, ni tampoco que se conviertan en niños grandes, sino el de ayudarlos a convertirse en adultos, en ciudadanos. Todos somos educadores. Educar es difícil. Hace falta a menudo volver a empezar para poder llegar hasta el final. No hay que desanimarse nunca. Ni tampoco tener miedo de insistir demasiado. Hay en cada niño un potencial que necesita ser explotado.

Cada niño tiene una forma de inteligencia que necesita ser desarrollada. Hace falta buscarla. Hace falta comprenderla. La educación no solo es una exigencia con respecto al niño, sino también una exigencia del educador con respecto a si mismo.

El fin de la educación no es ni contentarse con un mínimo establecido de antemano, ni de sumergir al niño en un mar de conocimientos demasiado numerosos para que sea capaz de dominarlos. El verdadero fin es esforzarse en dar a cada uno el máximo de instrucción que pueda recibir animando en él lo más posible su deseo de aprender, su curiosidad, su amplitud de miras, su sentido del esfuerzo. La autoestima debe ser el centro de esta educación.

Dar a cada uno de nuestros niños, a cada adolescente de nuestro país la autoestima que le haga descubrir que tiene en él talentos que lo hacen capaz de alcanzar metas que él nunca se habría creído capaz de alcanzar: Tal es, tal como yo lo veo, la filosofía que debe sostener la reformulación de nuestro proyecto educativo.

Debemos a nuestros niños el mismo amor y el mismo respeto que esperamos de ellos. Este amor y este respeto que les debemos exigen que nuestras relaciones con ellos no estén marcadas por ninguna forma de renuncia ni de demagogia. Porque queremos y respetamos a nuestros niños, la educación que les damos debe elevarlos y no rebajarlos. Porque queremos y respetamos a nuestros niños no podemos aceptar renunciar a educarlos en cuanto encontramos la primera dificultad.

Porque al niño le cueste trabajo concentrarse, porque no aprende rápido o porque no retiene fácilmente sus lecciones, no debe ser privado de este tesoro que es la instrucción, sin el que no podrá convertirse nunca en un hombre verdaderamente libre.

Porque queremos y respetamos a nuestros niños, tenemos el deber de enseñarles a ser exigentes con respecto a ellos mismos. Tenemos el deber de enseñarles que no se merecen todo porque sí, que toda civilización descansa en una jerarquía de los valores, que el alumno no es igual que el maestro.

Tenemos el deber de enseñarles que nadie puede vivir sin obligaciones y que no puede existir libertad sin normas.

¿Qué clase de educadores seríamos si no enseñáramos a nuestros niños a distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo autorizado y lo prohibido? ¿Qué educadores seríamos si no fuéramos capaces de sancionar a nuestros niños cuando cometen una falta?

El niño se afirma diciendo que no. No se le hace ningún favor si se le dice siempre que sí. El sentimiento de impunidad es una catástrofe para el niño que prueba sin cesar los límites que le impone el mundo de los adultos. No se educa un niño dejándole creer que todo le está permitido, que tiene sólo derechos y ningún deber.

No se les educa dejándoles creer que la vida es sólo un juego o que el hecho de que todos los conocimientos del mundo puedan encontrarse a su alcance los dispensa de aprender. Las tecnologías de la información deben estar en el centro de la reflexión sobre la educación del siglo XXI. Pero no hay que perder de vista nunca que la relación humana entre el educador y el niño sigue siendo esencial y que la educación debe inculcar también al niño la afición por el esfuerzo, hacerle descubrir como una recompensa la alegría de comprender después del largo trabajo del pensamiento.

Recompensar el mérito, sancionar la falta, cultivar la admiración de lo que está bien, de lo que es justo, de lo que es hermoso, de lo que es grande, de lo que es verdadero, de lo que es profundo, y el rechazo de lo que está mal, de lo que es injusto, de lo que es feo, de lo que es pequeño, de lo que es falso, de lo que es superficial, de lo que es mediocre, es como el educador hace realmente un favor al niño que tiene a su cargo y cómo le hace presente el amor y el respeto que siente por él.

El respeto, justamente, debería ser el fundamento de toda educación. Respeto del profesor con respecto al alumno, de los padres con respecto al niño, respeto del alumno para el profesor, del niño para sus padres, respeto para con los otros y respeto a sí mismo, eso es lo que la educación debe alcanzar. Si no hay bastante respeto en nuestra sociedad esto es en primer lugar, estoy convencido de ello, un problema de educación.

Deseo que reconstruyamos una educación del respeto, una escuela del respeto. Deseo que nuestros niños aprendan la cortesía, la anchura de miras, la tolerancia, que son las formas en que se da el respeto.

Deseo que los alumnos se descubran cuando están en la escuela y que se levanten cuando el profesor entra en la clase, porque es una señal de respeto.

Deseo que se enseñe a cada uno de ellos a respetar el punto de vista que no es el suyo, la convicción que no comparte, la creencia que le es extraña, que se le haga comprender hasta que punto la diferencia, la contradicción, la crítica no son obstáculos a su libertad, sino al contrario fuentes de enriquecimiento personal.

Poner en cuestión sus hábitos de pensamiento, sus certezas, ser obligado a ir hacia el otro, de abrirse a sus argumentos, a sus sentimientos, de tomarlo en serio, es una incitación al alumno a interrogarse sobre sus propias convicciones, sobre sus propios valores, a replantearse, a hacer un esfuerzo en sí mismo, a superarse.

Ésta es la razón por la que debemos conservar, aunque hay que renovarlo, nuestro modelo de escuela republicana que reúne todos los orígenes, todas las clases sociales, todas las creencias, y quien se impone permanecer neutral frente a las convicciones religiosas, filosóficas o políticas de cada uno, respetándolas todas.

Este modelo se ha debilitado, sus principios no se respetan suficientemente. Si deseo ir progresivamente hacia la supresión de la tarjeta escolar, es precisamente para que haya menos segregación.

Si deseo reformar la escuela unitaria, es para que cada uno pueda encontrar su lugar, para que las diferencias de ritmos, de sensibilidades, de caracteres, de formas de inteligencia, sean tomadas mejor en cuenta, de tal modo que ofrezca a cada uno más posibilidades de triunfar.

Si deseo que los niños desaventajados puedan ser escolarizados como los demás niños, no es sólo para hacer felices a los niños minusválidos, sino también para que los otros niños se enriquezcan con esta diferencia.

Si quiero que la escuela, sobre todo, permanezca laica, es porque la laicidad es a mis ojos un principio de respeto mutuo y porque abre un espacio de diálogo y de paz entre las religiones, porque es el más seguro medio de luchar contra la tentación del aislamiento religioso.

¿Qué mejor que proponer algunos grandes valores universales y la laicidad frente al riesgo de la confrontación religiosa que abriría la calle a un choque de las civilizaciones?

Es por eso que estoy convencido que no hay que dejar el hecho religioso a la puerta de la escuela. El génesis de las grandes religiones, sus visiones del hombre y del mundo deben ser estudiadas, ciertamente no con ningún espíritu de proselitismo, ni en el marco de una aproximación teológica, sino en el de un análisis sociológico, cultural, histórico que permita comprender mejor la naturaleza del hecho religioso.

Lo espiritual, lo sagrado, han acompañado siempre a la aventura humana. Están en las raíces de todas las civilizaciones. Y cuando se comprenden esos principios, nos abrimos más fácilmente a los otros y podemos dialogar mejor con los demás.

Pero el aprendizaje de la diferencia no debe conducir a descuidar la participación en una cultura común, en una identidad colectiva, en una moral compartida. Educar es despertar la conciencia individual y elevarla escalón a escalón hasta la conciencia universal, es hacer que cada uno se sienta una persona única y al mismo tiempo se sienta parte de toda la humanidad. Entre estos dos elementos hay algo esencial que ninguna educación puede eludir.

Entre la conciencia individual y la conciencia universal hay, para nosotros, los franceses, la conciencia nacional y la conciencia europea.

Entre la conciencia de la pertenencia al género humano y la conciencia de un destino individual, la educación debe despertar también conciencias cívicas, formar ciudadanos. Nuestros niños no serán nunca de los ciudadanos del mundo si no somos capaces de hacer de ellos ciudadanos franceses y ciudadanos europeos.

La familia desempeña ciertamente un papel esencial en la transmisión de la identidad nacional. Pero es la escuela la que hace de crisol. Hablando de la escuela no pienso sólo en la instrucción cívica que debe encontrar un lugar preferente en la escuela primaria, en el colegio y en el instituto.

No pienso sólo en la transmisión de valores morales como los derechos del hombre, la igualdad del hombre y de la mujer o la laicidad que están en el centro de nuestra identidad. Pienso también en los valores intelectuales, en el modo que nos es propio de pensar, de reflexionar.

Pienso en esta tradición francesa del pensamiento claro, en esta inclinación tan francesa hacia la razón universal que está en nuestra filosofía, en nuestra ciencia, pero que está también en nuestra lengua, en nuestra literatura, en nuestro arte.

Frente a la amenaza de uniformización del mundo, nuestro deber es promover la diversidad cultural.

Este deber nos impone defender en primer lugar nuestra propia identidad, sacar lo que hay de mejor en nuestra tradición intelectual, moral, artística y de transmitirla a nuestros niños para que la mantengan viva para todos los hombres. Pues las herencias de todas las culturas, de todas las civilizaciones pertenecen a toda la humanidad.

Nosotros mismos somos los herederos de todas las conquistas, de todas las creaciones del espíritu humano. Somos los herederos de todas las grandes civilizaciones que han contribuido a la fecundación recíproca de las culturas que está engendrando la primera civilización planetaria.

Abrir nuestros niños a lo universal, al diálogo de las culturas, no es una negación de lo que somos. Es un cumplimiento. Desde siempre Francia ha puesto el universalismo en el corazón de su pensamiento y de sus valores. Desde siempre, Francia se ha mirado como la heredera de todas las culturas que han dado su contribución a la idea de humanidad en el orbe entero.

Debemos volver a situar la cultura general en el corazón de nuestra ambición educativa. Naturalmente el horizonte de esta cultura general no debe ser una acumulación sin fin de conocimientos, sino un saber reflexionado, ordenado, aprendido. No hace falta buscar ni la exhaustividad ni la cantidad, sino tener en cuenta lo esencial y la calidad, poner en relación los diferentes campos de la inteligencia humana para permitir a cada niño, a cada adolescente de construirse su propia visión del mundo.

Por primera vez en la historia los niños saben muchas cosas que sus padres no saben. Pero hace falta estructurar este saber como cultura, iluminarla con toda la herencia de la sabiduría y de la inteligencia humana.

No deben compartimentarse, aislarse, oponerse las diferentes formas de saber. Sin embargo, la enseñanza por asignaturas debe permanecer porque cada una tiene su lógica propia, porque es el único modo de llegar hasta el fondo de las cosas.

Pero hace falta completarla con una visión de conjunto, poniendo en perspectiva cada disciplina con respecto a todas las demás. Por encima de las categorías tradicionales del conocimiento, estoy convencido de que es necesario ahora tejer la trama de un nuevo saber, fruto de la combinación, de la mezcla, de la fecundación recíproca de las disciplinas.

No estoy a favor de un manual único. Ni de la globalización del saber que lleva a la confusión. Pero creo que la interdisciplinariedad debe encontrar muy pronto su lugar en nuestra enseñanza porque el porvenir está en el mestizaje de los saberes, de las culturas, de los puntos de vista.

Creo que ahí se encuentra una de las claves de nuestro Renacimiento intelectual, moral y artístico. La cultura general debe ser una preocupación constante. Y cuando nuestros niños aprenden lenguas extranjeras, y deseo que aprendan obligatoriamente por lo menos dos además del francés, es preciso que este aprendizaje sea también un aprendizaje de cultura y de civilización.

Deseo que nuestros niños aprendan a través de las lenguas la literatura, el teatro, la poesía, la filosofía, la ciencia.

Afirmar la importancia de la cultura general en una educación donde ha retrocedido tanto, a menudo en provecho de una especialización excesiva y demasiado precoz, es afirmar sencillamente que el sabio, el ingeniero, el técnico no debe ser inculto en literatura, en arte, en filosofía y que el escritor, el artista, el filósofo no debe ser inculto en ciencia, en técnica, en matemáticas.

La idea que quien se dedicara a las ciencias no tendría nada que hacer de la poesía, del teatro o de la filosofía es una idea que encuentro absurda. La idea de que el niño de familia modesta, que nace en uno de estos barrios difíciles donde se acumulan los obstáculos, el hijo o la hija del empleado, del obrero no necesitaría ser confrontado a las grandes obras del espíritu humano, que no sería capaz de apreciarlas, que enseñarle a leer, escribir y contar es más que suficiente, es para mí una de las mayores formas de desprecio.

Si muchos adolescentes no consiguen explicar lo que sienten, si tantos jóvenes en nuestro país no pueden explicar sus emociones, sus sentimientos, compartirlos, encontrar las palabras de amor o las del dolor, si muchos entre ellos no llegan a expresarse más que a través de la agresividad, la brutalidad, la violencia, ésto puede ser quizás también porque no se los ha iniciado en la literatura, la poesía, ni en ninguna de las formas de arte que saben explicar lo que el hombre tiene de más conmovedor, de más patético, de más trágico en sí mismo.

En la época del vídeo, del ordenador portátil, de Internet, de la comunicación inmediata, nuestros niños no necesitan menos cultura general, sino más.

Necesitan más capacidad de análisis, de espíritu crítico, de referencias. Cuantos más conocimientos produce el mundo, más informaciones, más técnicas, más necesaria es la exigencia de cultura para quien quiere seguir siendo libre, quien quiere dominar su destino.

En el mundo tal y como es, con sus exigencias cada vez más numerosas y absorbentes, nuestros niños necesitan más humanismo y más ciencia. Sobre estos dos terrenos, hemos cedido demasiado.

A contracorriente con respecto a nuestras tradiciones intelectuales, la cultura humanista se marchita y la cultura científica retrocede. Nos hace falta batirnos sobre las dos frentes, despertar pronto en los niños el gusto de la lectura, del arte y de la ciencia.

Pero nos hace falta replantear nuestro modo de transmitir.

Durante demasiado tiempo, la pasividad del niño que recibe el saber estuvo muy presente en nuestra educación.

Se ha criticado sin duda demasiado el aprendizaje de memoria que tiene su utilidad en el entrenamiento de esta capacidad. ¿Y quién puede quejarse de haber grabado en su recuerdo algunas fábulas de La Fontaine o algunos versos de Verlaine o de haber aprendido a orientarse en la cronología de la historia de Francia o en la geografía del mundo, de haber recitado las tablas de multiplicar y las fórmulas usuales de la aritmética y de geometría?

Pero la cultura verdadera exige más que la repetición. No se instala en profundidad más que a través el despertar de la conciencia, de la inteligencia, de la curiosidad. Hace falta llevar el niño a interrogarse, a reflexionar, a tomar distancia, a reaccionar, a dudar y a descubrir por sí mismo las verdades que le servirán durante toda su vida.

Nuestra educación debe volverse menos pasiva, menos mecánica. Debe reducir también el lugar excesivo que se le da demasiado a menudo a la doctrina, a la teoría, a la abstracción, ante lo que muchas inteligencias se hartan y se cierran. Nos hace falta dar mayor espacio a la observación, a la experimentación, a la representación, a la aplicación.

Estoy convencido que este modo se interesará más un mayor número de niños y que el fracaso escolar se reducirá. Eso vale para las ciencias, del mismo modo que para las humanidades o para las artes. Para que el saber se haga más vivo, más concreto, es preciso abrir más el mundo de la educación a los otros mundos, los de la cultura, del arte, de la búsqueda, de la técnica y, también, al mundo de la empresa que será aquél en que la mayoría de nuestros niños vivirán un día su vida de adulto. Es preciso que nuestros niños encuentren escritores, artistas, investigadores, artesanos, ingenieros, empresarios que les hagan compartir su gusto por la hermosura, la verdad, el descubrimiento, la creación,. Deben establecerse relaciones entre las instituciones culturales, los centros de investigación, el mundo de la edición, de las empresas y las escuelas, los colegios, los institutos.

Los niños no deben estar encerrados en su clase. Muy pronto deben ir a los teatros, los museos, las bibliotecas, los laboratorios, los talleres,. Muy pronto deben encontrarse con la hermosura de la naturaleza e iniciarse en sus misterios.

Es en los bosques, en los campos, en las montañas o sobre las playas donde las lecciones de física, de geología, de biología, de geografía, de historia, pero también la poesía, tendrán a menudo mayor alcance, mucho más significado.

Es preciso enseñar a nuestros niños a mirar tanto la obra maestra del artista como la de la naturaleza. Tampoco hay que dudar en ponerlos en contacto con las grandes obras del espíritu humano y con aquéllos que las mantienen vivas.

Nuestros niños no serán todos músico, poetas, científicos, ingenieros o artesanos en los talleres de arte. Pero al niño quien no será nunca músico, no hace hay que renunciar a enseñarle el placer de la música. Al niño que no será nunca poeta, el amor a la poesía. Al niño que no será nunca investigador, el placer del rigor científico y la pasión de buscar.

Al niño que no será nunca artesano, la afición al trabajo bien hecho, a la admiración, a la técnica realizada.

Eso vale para todos los niños, todos los adolescentes, cualquiera que sea su origen, su medio social, que sean alumnos en la enseñanza obligatoria o en la enseñanza profesional. Pues otra de las faltas de nuestra educación tradicional es oponer lo que es manual a lo que es intelectual.

Es una compartimentación absurda que hace es preciso superar para que las carreras profesionales sean reconocidas como carreras excelentes, tanto unos títulos como los otros.

Hay otra oposición que necesitamos superar: aquella del cuerpo y del espíritu. La educación es un todo. Debe ser teórica tanto como práctica, intelectual tanto como física, artística tanto como deportiva. El lugar que se da al deporte es todavía insuficiente.

El niño necesita superarse. Pero el deporte es también una escuela del respeto de los demás, del respeto de las reglas, de la lealtad y de la autosuperación. Creo en el valor educativo del deporte.

No sólo el deporte debe tener más importancia en la escuela, sino hace falta también que el mundo del deporte y el de la educación se abran más el uno al otro, que entre las instituciones deportivas y las instituciones educativas se estreche la unión, que entre los deportistas y los docentes se establezca una cooperación para el bien de nuestros niños.

Compréndedme bien, no está en mi espíritu hacer más amplios todavía los horarios de enseñanza que están ya demasiado recargados. No se trata de añadir enseñanzas nuevas a una lista ya demasiado larga. En mi espíritu, se trata por contra, de devolver a nuestros niños el tiempo de vivir, de respirar, de asimilar lo que se les enseña.

Lo que necesitamos reencontrar es la coherencia del proyecto educativo. Ésta pasa naturalmente por replanteamiento completo de los ritmos y de los programas escolares que se ha convertido en necesario a lo largo de decenios en que la escuela se ha visto confrontada a una marea creciente de exigencias contradictorias y a tensiones y exigencias cada vez más fuertes a medida que la cohesión social se hacía más frágil.

Encontrar una coherencia en el interior de cada disciplina, pero también entre las disciplinas y con las expectativas de la sociedad, reencontrar un hilo director en educación, fijar él principios, objetivos, criterios simples. Esto es lo que tenemos que hacer en primer lugar. Al mismo tiempo, nos hace falta elevar el nivel de exigencia, no en cantidad sino en calidad.

En lugar de realizar una selección brutal a la entrada de la universidad que sería una solución malthusiana, necesitamos elevar progresivamente el nivel de exigencia a la escuela primaria, luego la del colegio y la del instituto. Nadie debe entrar en sexto si no ha demostrado que es capaz de seguir la enseñanza del colegio.

Nadie debe entrar en Secundaria si no ha demostrado que es capaz de seguir la enseñanza del instituto y el bachillerato debe probar la capacidad de seguir una enseñanza superior. Será un largo trabajo que irá del replanteamiento de la escuela primaria a la del instituto. Pero es vital para el porvenir de nuestra

juventud y por tanto del de nuestro país.

Dar el máximo a cada uno en lugar de contentarse con dar el mínimo a todos. Así es cómo deseo que enfoquemos en adelante el problema de la educación y particularmente el de la escuela.

Esta refundación de nuestra educación, no podrá realizarse más que con la participación de todos los educadores. La voluntad política no puede bastar por sí sola. Ésta es la razón por la cual me dirijo a vosotros.

Cuando digo a "todos los educadores", quiero decir que los objetivos no serán alcanzados sólo con la ayuda de los profesores o sólo con la ayuda de los padres.

Esta no puede ser más que la obra común de todos los educadores trabajando juntos.

Es preciso, para que tengamos éxito, que cada uno de vosotros convierta en un deber el trabajar con los demás. Entre el padre, la madre, el profesor, el juez, el policía, el educador social, y todos los que están en contacto con el niño en el medio deportivo, cultural, asociativo, el interés del niño debe prevalecer sobre toda otra consideración. Debe reinar la confianza, la cooperación, el cambio, el espíritu de responsabilidad.

Cada uno debe pasar por encima de sus prevenciones o sus convicciones previas para cumplir su deber, que es el de preparar el niño para hacerse adulto.

Padres, sois los primeros educadores.

Sé cuan difícil es este papel cuando el paro amenaza, cuando la familia se recompone, cuando el padre o la madre se encuentran solos para educar a sus hijos. Sé cuan dura puede ser la vida.

Quiero decir que seréis apoyados, que seréis ayudados cada vez que tengáis necesidad de ello para educar a vuestros hijos, desde la más tierna infancia y que para mí la política familiar forma parte de la integralidad del proyecto educativo.

Quiero decir que el derecho a la guardería y la escuela maternal será para mí, durante los cinco años próximos, prioridades y que estoy decidido a hacer lo que sea necesario para que ningún niño sea dejado solo una vez la clase ha terminado, para que podáis acabar vuestro día de trabajo sin tener la angustia de saber que vuestro hijo o vuestra hija están sin nadie que se ocupe de él, sin un ambiente adecuado.

En adelante los deberes serán hechos en la escuela, en lugares de estudio vigilados y para los buenos alumnos nacidos de las familias más modestas, que no pueden ofrecer a sus niños un marco propicio al estudio, serán creados internados adecuados.

Seréis ayudados en vuestra tarea. Pero tenéis deberes con respecto a vuestros hijos. Debéis dar ejemplo. Pero tenéis la responsabilidad de hacer que vuestro hijo vaya a la escuela, de inculcarle el respeto de las leyes y de la urbanidad, de controlar que se hacen los deberes.

Si les dejáis faltar la clase, si les dejáis solos, entonces es normal que la sociedad os pida cuentas, que vuestra responsabilidad sea puesta en entredicho, que las ayudas que se os dan puedan ser puestas bajo tutela.

Profesores, docentes, tenéis también derecho al respeto, a la estima. Vuestro papel es fundamental. Habéis hecho muchos estudios. Debéis dar prueba de inteligencia, de paciencia, de psicología, de competencia.

Sé hasta que punto el maravilloso oficio de enseñar es exigente, hasta que punto os obliga a dar mucho de vosotros mismos, hasta que punto también se ha hecho difícil y a veces ingrato, desde que la violencia ha entrado en la escuela. Tengo conciencia de que vuestro estatuto social y vuestro poder adquisitivo se ha degradado a medida que vuestra tarea se hacía más difícil, vuestras condiciones de trabajo más agotadoras.

La Nación os debe un reconocimiento mayor, mejores perspectivas profesionales, un mejor nivel de vida, mejores condiciones de trabajo.

Antiguamente el maestro, el profesor tenían un lugar reconocido en la sociedad porque la República estaba orgullosa de su escuela y de aquéllos a los cuales había confiado esa carga. El maestro, el profesor estaba orgulloso de su oficio, orgulloso de servir la República y a una determinada idea del hombre y del progreso.

Debemos recuperar este orgullo. En la escuela de mañana seréis mejor remunerados, mejor considerados y al contrario del igualitarismo que ha prevalecido durante demasiado tiempo, ganaréis más, progresaréis más rápidamente si elegís trabajar e implicaros más.

Podréis elegir la pedagogía que os parezca mejor adaptada a vuestros alumnos, porque creo que hace falta confiar en los docentes, en su capacidad de juicio, porque son los mejor situados para decidir de lo que es bueno para sus alumnos.

Los lugares en que enseñaréis tendrán una mayor autonomía en la elección de su proyecto, de su organización. La evaluación será en todas partes la regla y los medios serán repartidos con arreglo a los resultados y las dificultades que encuentran los alumnos.

La readaptación de aquéllos de vosotros que después de haber enseñado durante mucho tiempo sientan la necesidad de cambiar de oficio y hacer valer de otra manera sus competencias, su saber, será facilitada ya sea en el sector público o fuera de él.

Y a la inversa, aquéllos que desean volver a la enseñanza después de haber adquirido experiencia en otra parte, serán mejor acogidos que lo son en la actualidad. En la educación nacional, como en toda la función pública, la picota de los estatutos debe abrirse para permitir que circulen las personas, las ideas, las competencias.

Deseo hacer de la revalorización del oficio de docente una de las prioridades de mi quinquenio, porque ésta es el corolario de la renovación de la escuela y de la refundación de nuestra educación. Pero debéis, vosotros el profesor, el docente, como los padres, mostraros como ejemplo. Debéis ser ejemplares por vuestro comportamiento, por vuestra forma de vestir, por vuestro rigor, por vuestro espíritu de justicia, por vuestra implicación.

Debéis ser ejemplares también por vuestra capacidad para hacer prevalecer la autoridad del maestro, por vuestra preocupación por recompensar el mérito y sancionar la falta.

En la escuela que deseo que se haga realidad, la prioridad se le dará a la calidad sobre la cantidad, habrán menos de horas en el curso, los medios serán empleados mejor porque la autonomía permitirá administrarlos más de acuerdo a las necesidades, los docentes, los profesores serán menos numerosos. Pero será la consecuencia de la reforma de la escuela y no el objetivo de ésta. Y, mi empeño está puesto en ello, los medios que serán así liberados serán reinvertidos en la educación y en la revalorización de las carreras. Se trata de ser más eficaz, no de racionar.

Y se trata de ser no sólo eficaz para alcanzar un fin económico, no sólo para que mañana nuestra economía disponga de una mano de obra bien preparada, sino también, y puede ser sobre todo, para que nuestros niños sean portadores de valores de civilización, para que cierta idea de la civilización siga viviendo en ellos.

Cada uno de vosotros, lo sé, mide la importancia del desafío que tenemos que llevar adelante. Cada uno de vosotros comprende que la revolución del saber que se lleva a cabo delante de nuestros ojos no nos deja siquiera tiempo para repensar el sentido mismo de la palabra educación.

Cada uno de vosotros es consciente que frente a la dureza de las relaciones sociales, a la angustia delante de un porvenir cada vez más vivido como una amenaza, el mundo necesita un nuevo Renacimiento, que ocurrirá sólo gracias a la educación. Nos corresponde a nosotros recoger el testigo que va desde el humanismo del Renacimiento hasta la escuela de Jules Ferry, pasando por el proyecto de las Luces.

El tiempo del refundación ha llegado. A esta refundación os invito. La llevaremos a cabo juntos. Hemos tardado ya demasiado.

Nicolas Sarkozy, Presidente de la República